

SEGUNDA PARTE.

EL hombre no gusta de pensar en su nada y miseria: Todo lo que le acuerda su origen, le acuerda al mismo tiempo su fin, ofende su soberbia, agravia su amor propio, se opone directamente á sus pasiones, y le ocasiona unos pensamientos tristes y funestos. Morir, privarse de todo lo que nos rodea, sepultarse en los abismos de la eternidad, convertirse en cadaver, en pasto de gusanos, ser horror de los hombres, y asqueroso depósito del sepulcro, solo este espectáculo basta para inquietar los sentidos, turbar el entendimiento, obscurecer la razon, y emponzoñar toda la suavidad de la vida. No hay hombre que se atreva á fijar la vista en una imagen tan funesta: Apartamos de nosotros este pensamiento como el mas terrible y mas amargo de todos. Tememos, y huimos de todo lo que nos acuerda su memoria, como si nos hubiera de anticipar esta ultima hora. No queremos que se nos hable de aquellas personas queridas que nos ha quitado la muerte, con pretexto de que nos entenece su memoria; todos procuran apartarnos la vista de los lugares que habitan, de las pinturas en donde aun están vivos sus retratos, y de todo aquello que con su idea pudiera despertar en nosotros la de la muerte, que nos los acaba de quitar. ¿Qué mas diré? Tememos las conversaciones lúgubres, y en este punto nuestros temores pasan á supersticiones pueriles; en todas partes nos parece vér siniestros presagios de nuestra muerte, en las representaciones de un sueño, en el canto nocturno de un pájaro, en el número fortuito de convidados, y aun en los mas ridículos sucesos; en todas partes nos parece que estamos viendo la muerte, por lo mismo que procuramos tanto ocultarla á nuestra vista.

Estos excesivos temores, Católicos, eran dignos de per-

perdon en los Paganos, para quienes la muerte era el mayor de los males, pues nada esperaban para despues del sepulcro, y como vivían sin esperanza, morían sin consuelo: Pero es de admirar que la muerte sea tan terrible para los Christianos, y que el miedo de esta imagen les sirva de pretexto para apartarla de su memoria.

Porque en primer lugar; quiero concederos que tengais razon para temer esta ultima hora; pero siendo, como es, cierta, no comprehendo como porque os parezca terrible, no hayais de pensar en ella, y esperarla. Al contrario, me parece que quanto mas terrible es el mal de que estais amenazados, mas cuidado debéis tener en no perderle de vista, y tomar continuas medidas para que no os coja descuidados. ¿Es posible que porque el peligro os asusta y amedrenta, habeis de estar descuidados y seguros? ¿Los excesivos miedos de vuestra imaginacion han de curar en vosotros aquel prudente temor que obra la eterna salud? ¿Por ser excesivos vuestros temores no habeis de pensar en cosa alguna? ¿Quién es el hombre que se sosiega y asegura con la demasiada viveza de la idea del peligro? Si tuvierais precision de caminar por una senda estrecha y escarpada, rodeada por todas partes de precipicios, ¿mandaríais que os vendasen los ojos para no vér el riesgo, temiendo que lo profundo del abismo os turbase la cabeza? ¡Ah! Amados oyentes míos, vosotros estais viendo vuestro sepulcro abierto á vuestros pies, este terrible objeto os asusta, y en vez de valeros de la prudencia de la religion para usar de las precauciones que os ofrece, para no caer sin pensar en este abismo, os vendais vosotros mismos los ojos para no verle; buscáis diversiones con que borrar su idea de vuestra alma; semejantes á aquellas desgraciadas víctimas del Paganismo, correis á la hoguera con los ojos vendados, coronados de flores, rodeados de danzas y gritos de alegría, para no pensar en el fatal termino adonde os lleva este aparato, y para no vér el Altar, esto es, la cama

de la muerte, en donde dentro de un instante vais á ser sacrificados.

Además de esto; si con apartar de vosotros este pensamiento pudierais libraros de la muerte, vuestros temores tendrían alguna excusa. Pero penséis, ó no penséis en ella, la muerte cada día vá llegando; cada esfuerzo que haceis para apartar de vosotros su memoria os la acerca, y no dexará de venir á la hora señalada. ¿Pues qué adelantais con apartarla del pensamiento? No minorais el peligro, sino que le aumentais; y el golpe es inevitable, ¿suavizais acaso el horror de este espectáculo con apartarle de vuestra memoria? ¡Ah! todavía queda en su fuerza todo su terror; si os hicierais mas familiar esta memoria, vuestro espíritu flaco y tímido se acostumbraría á ella insensiblemente; poco á poco iriais fijando en ella vuestra vista, y la mirariais sin miedo, ó á lo menos con resignacion; quando estuvierais para morir no sería nuevo para vosotros este espectáculo; un peligro que se ha visto anticipadamente no asusta tanto; la muerte solamente es formidable la primera vez que se presenta á vuestra memoria, y solo es temible quando es impensada.

Pero por otra parte; aun quando el pensamiento os asustára y hiciera en vosotros impresiones de temor y tristeza, ¿qué inconveniente hay en esto? ¿Estais acaso en la tierra para vivir solamente en una tranquila indiferencia, sin pensar mas que en imagenes agradables y risueñas? Pero decís que si pensarais con seriedad en la muerte perderiais el juicio, ¿le han perdido acaso tantas almas fieles que acompañan con esta memoria todas sus acciones, y que se valen de ella como de freno para reprimir sus pasiones, y como del mas poderoso motivo de su fidelidad? ¿Le han perdido tantos ilustres penitentes que se encierran vivos en los sepulcros, para no perder de vista la imagen de la muerte? ¿Le perdieron los Santos que morian todos los dias, como el Apostol, para

no

no morir eternamente? Perderiais el juicio. Es decir que mirariais al mundo como un destierro, á los deleytes como una embriaguez, al pecado como á la mayor de las desgracias, los puestos, los honores, el favor, y la fortuna como sueños, y la salvacion como el unico y mas importante negocio. ¿Es esto perder el juicio? ¡Felíz locura! pues desde entonces no seriais del número de los Sábios del mundo. Perderiais el juicio; es verdad, perderiais aquel juicio falso, mundano, soberbio, carnal, é insensato que os engaña; aquel juicio corrompido que obscurece la fé, que autoriza las pasiones, que hace que prefiramos el tiempo á la eternidad, que tengamos la sombra por verdad, y que engaña á todos los hombres; aquel juicio deplorable, aquella vana Filosofía que tiene por cobardia el temor de lo futuro, y que por lo mucho que lo teme se esfuerza á dar á entender que no lo cree. Pero en esta memoria hallareis aquel juicio prudente, ilustrado, moderado, y christiano, aquella prudencia de serpiente, tan recomendada en el Evangelio, aquella sabiduría mas apreciable, como dice el Espiritu Santo, que todos los tesoros y honores de la tierra: Aquella sabiduría de tanto honor para el hombre, que le ensalza sobre sí mismo; y finalmente la imagen de vuestra ultima hora, presente siempre á vuestra vista, hermosearía vuestra alma con aquella sabiduría que ha formado tantos Heroes Christianos.

Pero me direis; que si quisierais meditar profundamente en esta memoria, y estar siempre ocupados en este pensamiento, sería capáz de haceros dexar todas las cosas, y os precipitaria en unas resoluciones extremadas y violentas; es decir que sería capáz de separaros del mundo, de vuestros vicios, de vuestras pasiones, y de la infamia de vuestros excesos, para reduciros á una vida casta, arreglada, y christiana, la que unicamente es digna de la razon; esto es lo que el mundo llama resoluciones violentas y extremadas. Además de que ¿habeis de dexar de tomar las resoluciones necesarias con pretexto de evitar

tar

tar lo que llamais exceso? Empezad á lo menos; los primeros fervores se desvanecen muy presto, y mas facil os será moderar los excesos de la piedad, que avivar su pereza y tibieza. Por otra parte, no temais los excesivos fervores de vuestro zelo, porque nunca serán extremados en vosotros. Un corazon indiferente y sensual como el vuestro, criado en los deleytes y en la ociosidad, sin gusto para nada de lo que mira al servicio de Dios, no está expuesto á grandes indiscreciones en la práctica de una vida christiana; no os conocéis á vosotros mismos, no habeis experimentado los muchos obstáculos que todas vuestras inclinaciones opondrán á los mas comunes ejercicios de la piedad; tomad las medidas contra la tibieza y negligencia, porque este es el unico escollo que tenéis que temer; acordaos de lo que sucedió á San Pedro, que dió motivo á que el Señor le mandase volver á embaynar su espada, como si su zelo le fuera á precipitar en algun exceso, é inmediatamente se rindió á la vez de una simple muger, y halló en su cobardia la tentacion, que parece solo podia temer de su fervor y aliento. Es ilusion, Católicos, el no hacer nada por Dios por temor de excederse; el miedo de cuidar demasiado de nuestra salvacion nos impide para que trabajemos por conseguirla, y nos perdemos solamente por miedo de asegurar demasiado nuestra salvacion; tememos los quiméricos excesos de la piedad, y no tememos la distancia y el verdadero desprecio que hacemos de la piedad misma. ¿Acaso el temor de excederos en orden á vuestra fortuna y elevacion detiene, ni entibia las extraordinarias diligencias que haceis para conseguirla? ¿La esperanza de alcanzarla no os sirve de estímulo que os anima? Todo quanto haceis por Dios os parece exceso, y nada os lo parece de quanto haceis por el mundo; temeis, y os acusais de no hacer las diligencias suficientes para conseguir una fortuna de barro; y os deteneis, temiendo excederos en las diligencias para conseguir una felicidad eterna.

Pe-

Pero aún paso mas adelante, y digo que en vosotros es culpable ingratitud para con Dios el apartar de vuestra alma la memoria de la muerte, solamente porque os atemoriza y asusta: Porque esa impresion de temor y espanto es una gracia singular con que Dios os favorece. ¡Ah! Quántos impíos hay que la desprecian, que se glorían neciamente de verla llegar con firmeza, y que la miran como una absoluta aniquilacion de su sér: Quántos sabios Filósofos hay en el Christianismo, que sin renunciar la fé, limitan todas sus reflexiones, toda la superioridad de sus luces á ver llegar la muerte con tranquilidad, y no hablan de ella en toda su vida sino para disponerse para aquella ultima hora, con una constancia y una serenidad de ánimo tan pueril como los mas vulgares temores, siendo este el uso mas necio que podemos hacer de nuestra razon: Quántos hombres, locamente amantes del valor y de la fama, que en medio de los combates van al peligro como si fueran á un espectáculo, sin remordimientos, sin zozobra, y sin reflexionar en el destino que les espera: Quántos pecadores viven en el sosiego de las ciudades, y en el ocio de una vida privada, entregados á la ceguedad y obstinacion, sin que les mueva esta imagen? ¿Quántos finalmente, que por efecto de un genio demasiado vivo, frívolo, inconstante, y nada á propósito para las reflexiones tristes y serias pasan toda su vida, sin haber pensado siquiera una vez en que han de morir? Y así ese pensamiento, que tanta impresion hace en vuestra alma, es una gracia especial de que Dios usa con vosotros, y verosimilmente es el camino por donde quiere llamaros á sí; si alguna vez habeis de salir de vuestros desordenes, ha de ser valiendoo de este pensamiento; y vuestra eterna salud parece que depende de este remedio. ¿Pues qué es lo que haceis con apartar de vosotros esta memoria, solamente porque pone en vuestra alma unos saludables temores? Os privais del unico socorro que os puede faci-

ci-

cilitar vuestra conversion á Dios; inutilizais una gracia que era propia vuestra; os pesa, por decirlo así, de que Dios os favorezca con ella, y os reprehendeis á vosotros mismos la impresion que hace en vosotros. Temed, amados oyentes míos, el que vuestro corazon llegue á asegurarse contra sus saludables temores; temed el llegar á mirar con indiferencia los mas lúgubres espectáculos; que Dios retire de vosotros este medio de salud eterna, y que os obstine contra todos estos terrores de la religion. El beneficio que no solo se mira con desprecio, sino como pena, presto es seguido de la indignacion, ó á lo menos de la indiferencia del bienhechor; entonces la imagen de la muerte no alterará vuestra tranquilidad; ireis á la diversion al salir de un acompañamiento lúgubre, vereis con los mismos ojos un asqueroso cadaver, que el infame objeto de vuestra pasion, llegareis á estado de alegraros de ser superior á los temores vulgares, y celebrareis una mudanza que tan terrible es para vuestra salud eterna. Aprovechaos, pues, para arreglar vuestras costumbres de estos temores, mientras que Dios os los concede; acercaos á todos los objetos capaces de formar en vosotros esta imagen, mientras puede turbar la falsa paz de vuestras pasiones; id algunas veces á los sepulcros de vuestros mayores, á pensar delante de sus cenizas en la vanidad de las cosas de la tierra; id algunas veces á preguntarlos qué les ha quedado en aquella obscura morada de la muerte, de sus placeres, de su dignidad, y de su fama; abrid algunas veces aquellas tristes moradas, y ved qué es lo que conservan de lo que antes fueron á la vista de los hombres; unos sepulcros, cuya presencia no podeis sufrir, y un monton de gusanos y podredumbre; esto son á la vista de los hombres, ¿pero qué es lo que son á la vista de Dios? Baxad vosotros mismos en espíritu á aquellos lugares de horror y de infeccion, y disponeos en ellos de antemano el lugar que habeis de ocupar; figuraos á vosotros mis-

mismos en aquella ultima hora, postrados sobre la cama de vuestro dolor, luchando con la muerte, entorpecidos ya vuestros miembros, y poseidos de un frio mortal; vuestra lengua atada ya con las cadenas de la muerte, vuestros ojos fixos, inmóviles, y cubiertos de una espesa nube, que os empieza á ocultar todos los objetos; á los parientes y amigos al rededor de vosotros, haciendo inútiles súplicas por vuestra salud, aumentando vuestro miedo y vuestra pena con lo tierno de sus suspiros, y con la abundancia de sus lagrimas; al Ministro del Señor á vuestro lado con la señal de nuestra salud eterna entre sus manos, que será vuestro unico socorro, y pronunciando palabras de fé, de misericordia, y de confianza; acercaos á este espectáculo que tanto os interesa é instruye; contemplaos á vosotros mismos entre las tristes agitaciones de este ultimo combate, sin dar mas señales de vida, que las convulsiones que anuncian vuestra muerte. Todo el mundo se acaba para vosotros, que vais á ser despojados para siempre de vuestras dignidades y títulos, acompañados unicamente de vuestras obras, y prontos á parecer delante de Dios; esto, Católicos, no es adivinar, es referir la historia de todos los que estais viendo morir cada dia, y una idea anticipada de lo que os ha de suceder. Acordaos de aquel terrible instante; necesariamente ha de llegar, y acaso no está lejos; y puede suceder que sea en este dia; pero por ultimo ha de llegar, y por muy lejos que esté, vendrá como el dia de mañana, y os hallareis en él en un momento, y el unico consuelo que entonces tendreis será haber hecho de toda vuestra vida estudio, remedio y preparacion para la muerte.

Finalmente, y concluyo; registrad la raíz de esos excesivos temores que tan terrible os hacen la imagen y memoria de la muerte, y hallareis que está sin duda en los embarazos de una conciencia delinquente; no es la muerte á quien temeis, sino á la justicia de Dios,

que despues de ella os espera , para castigar las infidelidades y desordenes de vuestra vida ; temeis el presentaros delante de Dios , cubiertos de las mas asquerosas llagas con que teneis desfigurada su imagen ; temeis el que si murierais en el estado en que os hallais pereceriais para toda la eternidad. Purificad , pues , vuestra conciencia , expiad vuestras culpables pasiones , atraed á Dios á vuestro corazon , no presenteis á su vista cosa alguna que pueda provocar su indignacion y sus castigos , poneos en estado de poder confiar de su infinita misericordia para despues de vuestra muerte , y entonces vereis llegar vuestra ultima hora con menos temor y espanto , y el sacrificio que ya habreis hecho á Dios del mundo , y de vuestras pasiones , no solamente os facilitará el que le hareis entonces de vuestra vida , sino que os será suave , y os servirá de consuelo.

Porque decidme , Católicos , ¿ qué terror puede haber en la muerte para una alma fiel ? ¿ De qué puede separarla ? De un mundo que ha de perecer , y que es la patria de los réprobos ; de sus riquezas que la estorvan , cuyo uso está lleno de peligros , y de las que le estaba prohibido servirse para la felicidad de sus sentidos ; de sus parientes , de sus amigos , á los que solamente se adelanta un instante , y que la han de seguir inmediatamente ; de su cuerpo que siempre había servido , ó de escollo á su inocencia , ó de perpetuo obstáculo á sus santos deseos ; de sus Xefes , y de sus vasallos , de los quales los primeros la obligaban muchas veces á unas condescendencias culpables , y los otros la hacian responsable de sus infidelidades y delitos ; de sus puestos y dignidades , que al mismo tiempo que aumentaban sus obligaciones , multiplicaban sus peligros ; finalmente , de la vida que no era para ella mas que un destierro , y un continuo deseo de salir de él ? ¿ Qué la dá la muerte por lo que la quita ? La da unos bienes inmortales , que nadie la podrá quitar ; unos placeres eternos , que gozará sin temor ni amargura :
la

la posesion del mismo Dios segura y pacífica , de la que nunca podrá ser privada ; la libertad de la tiranía de todas sus pasiones , que la habian servido de una continua ocasion de inquietudes y penas ; la dá una paz inalterable , que nunca habia podido hallar en el mundo ; la desata los lazos con que estaba unida á la tierra , y que la tenían en ella como cautiva ; finalmente la separa de la compañía de los pecadores para asociarla á la de los justos y bienaventurados. ¿ Qué hay , pues , en esta vida , ¡ oh Dios mio ! que pueda servir de consuelo al alma fiel , ni que la pueda unir á ella ? Esta vida es para ella un valle de lágrimas , en donde son infinitos los peligros , continuos los combates , raras las victorias , é inevitables las caídas ; en donde no debe interrumpirse la mortificacion , en donde siempre se ha de estar haciendo violencia á los sentidos , en donde todo nos tienta , y en donde todo nos priva , ó de lo que mas nos agrada , ó de lo que mas debemos huir y temer. En una palabra : si no padeceis , si no llorais , si no resistis con fortaleza , si no peleais sin cesar , si no os aborreceis á vosotros mismos , estais perdidos. ¿ Pues qué hallais en el mundo que merezca ser amado , ni que pueda servir de atractivo á una alma cristiana ? ¿ No es para ella triunfo y ganancia la muerte ?

Por eso , Católicos , la muerte es la única consideracion , y el único consuelo que mantiene la fidelidad de los justos. Si gimen en la afliccion , saben que está cercano su fin ; que á las tribulaciones cortas y pasajeras de esta vida se ha de seguir una vida eterna , y en este pensamiento hallan una fuente inagotable de paciencia , de constancia y de alegría. Si ven que la ley de los miembros se levanta contra la ley del espíritu , y sienten en sí aquellos peligrosos movimientos que ponen á la inocencia á orillas del precipicio , saben que despues de la disolucion del cuerpo terrestre se les restituirá el celeste y espiritual , y que libres entonces de todas estas miserias , serán semejantes á los Angeles del cielo , y esta

memoria los mantiene y conforta. Si se hallan oprimidos con el peso del yugo de Jesu Christo, y si su fé debilitada se halla á pique de rendirse al peso de las austeras obligaciones del Evangelio, se consuelan con que no está lejos el día del Señor, y que están ya tocando con la mano la feliz recompensa, y el ver ya de cerca el fin de su carrera les anima, y les hace tomar aliento. Oid, Católicos, como consolaba en otro tiempo el Apostol á los primeros fieles. *Hermanos míos*, les decía: *el tiempo es corto, el día se acerca, el Señor está á la puerta, y no puede tardar, alegraos pues*: y esto mismo os digo yo; este era todo el consuelo de aquellos hombres perseguidos, ultrajados, desterrados, pisados, mirados como escoria del mundo, oprobrio de los Judíos, y escarnio de los Gentiles: Sabían que la muerte había de enjugar sus lágrimas, que entonces ya no habría para ellos ni luto, ni dolor, ni trabajo; que todo sería nuevo, y este pensamiento suavizaba todas sus penas. ¡Ah! Si alguno hubiera dicho á aquellos gloriosos Confesores de la fé, que el Señor no les daría á gustar la muerte, y que los dexaria vivir eternamente en la tierra, hubiera hecho titubear su fé, y hubiera tentado su constancia; y el que les quitase esta esperanza les hubiera quitado todo su consuelo.

Pero acaso no os admirareis de esto, Católicos, porque direis que á unos hombres tan afligidos como entonces se hallaban los Christianos, debía servir de consuelo la muerte. Pero os engañais: no tenían por desgracia sus persecuciones y trabajos, estos los servian de alegría, de gloria y de consuelo. *Nosotros*, decían, nos gloriamos en las tribulaciones: *Gloriamur in tribulationibus*. (a) El vivir separados de Jesu-Christo era la causa de sus lágrimas, y lo que les hacia desear tanto la muerte. Mientras estamos en este cuerpo, decía el Apostol, esta-

(a) *Rom. 5. v. 1.*

mos apartados del Señor; esta separacion era para aquellos hombres fieles un estado triste y violento: toda la piedad consiste en desear nuestra reunion con Jesu-Christo nuestra cabeza; en suspirar por aquel feliz instante, que nos ha de incorporar con todos los escogidos en aquel mystico cuerpo, que desde el principio del mundo se vá formando de todas las lenguas, de todas las tribus, y de todas las naciones, que es el fin de todos los designios de Dios, y el que le ha de glorificar con Jesu-Christo por todos los siglos. Nosotros estamos acá en la tierra como ramas separadas de su tronco, como rios distantes de su origen, como peregrinos que viajan lejos de su patria, como cautivos atados con cadenas que esperan su libertad, como hijos despojados por algun tiempo de la herencia y casa de su Padre; en una palabra, como miembros separados de su cuerpo. Despues que Jesu-Christo nuestra cabeza subió al cielo, no es la tierra el lugar de nuestra mansion; estamos esperando la bienaventurada esperanza, y la venida del Señor; en este deseo consiste toda nuestra piedad y consuelo; no desear un Christiano este feliz momento, temerle, y mirarle como la mayor de sus desgracias, es anatematizar á Jesu-Christo; es no querer tener parte alguna con él; es renunciar á las promesas de la fé, y al glorioso título de ciudadano del cielo; es buscar nuestra felicidad en la tierra; dudar de la eternidad, mirar la religion como un sueño, y creer que todo se ha de acabar con nosotros.

No, Católicos, nada hay en la muerte que no sea suave y apacible para una alma justa; quando llega á este feliz momento mira sin pena perecer al mundo, el que nunca la habia parecido mas que un humo, á quien jamás habia amado. Sus ojos se cierran con gusto á todos los vanos espectaculos que la ofrece la tierra, los que siempre habia mirado como una decoracion instantanea, y cuyas peligrosas ilusiones habia siempre temido; vé sin inquietud, ¿qué digo inquietud? vé con gusto reves-

tir.

tirse de la inmortalidad este cuerpo mortal que habia sido la materia de todas sus tentaciones, y la funesta raíz de todas sus flaquezas; nada echa menos de las cosas de la tierra, en la que nada dexa, y de que se huye su corazón como su alma; no se queja de ser arrebatada en medio de su carrera, ni de acabar sus dias en una edad aún lozana; al contrario, da gracias á su libertador de haber abreviado sus penas con sus años, de no haberla pedido mas que la mitad de su deuda por precio de su eternidad, y de haber consumado en poco tiempo su sacrificio, pues acaso si hubiera permanecido mas tiempo en un mundo corrompido, se hubiera pervertido su corazón; sus mortificaciones y sus austeridades, que tanto trabajo habian costado á la flaqueza de su carne, son entonces el mas dulce de todos sus pensamientos; vé que todo se desvanece sino lo que ha hecho por Dios; que todo la abandona, sus riquezas, sus parientes, sus amigos, sus dignidades, todo menos sus obras, y llena de alegría por no haber puesto su confianza en el favor de los Príncipes, en los hijos de los hombres, en las vanas esperanzas de la fortuna, en nada de lo que ha de perecer, sino solamente en el Señor que permanece eternamente, y en cuyo seno vá á hallar la paz y la felicidad que no dan las criaturas. De este modo, hallandose tranquila en orden á lo pasado, despreciando lo presente, contenta por estar ya tocando aquella eternidad, que era el único objeto de sus deseos, viendo ya abierto el seno de Abraham para recibirla, y al Hijo del Hombre sentado á la diestra del Padre, teniendo en sus manos la corona de inmortalidad, duerme en el Señor, es llevada por los bienaventurados Espíritus á la morada de los Santos, y vuelve al lugar de donde habia salido; ojalá, Católicos, acabeis así vuestra carrera. Esto os deseo. *Amen.*

SER-

SERMON
PARA EL VIERNES
DE LA CUARTA SEMANA
DE QUARESMA.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO
de Lazaro.

Veni, & vide.

Vén, y mira. *Joann. II. v. 34.*

NO hubiera pecador de los inveterados, que tuviera valor para sufrir el horror de su estado, si se pudiera conocer y verse al natural. Una alma que ha envejecido en la culpa, solo puede sufrirse á sí misma, porque la misma pasión que es el motivo de todas sus desgracias, se las oculta; y porque su desorden es al mismo tiempo el cruel cuchillo que hace la herida, y la fatal venda que la oculta á la vista del enfermo.

Y así la Iglesia para manifestar al pecador á si mismo en este santo tiempo de penitencia, nos representa casi todos los dias con nuevas imagenes, el deplorable esta-